

CULTURA Y DEPENDENCIA

Rutilio Riestra De Wolff/Filosofía y Letras

Segundo lugar

Una idea que viene inmediatamente al emprender una meditación sobre *cultura* y *dependencia*, es la reciprocidad de la relación entre ambos términos, sobre todo si el segundo tiene referencia a lo económico, pues en este caso la cultura puede depender de la economía y la situación económica de la cultura.

Otro punto que es necesario abordar es el de los conceptos mismos que se mencionan. Pues *cultura* puede entenderse en varios sentidos, con diferentes matices, frente a otros términos similares. Una antigua tradición entiende por *cultura* todo aquello que el hombre ha puesto de suyo en la naturaleza, la transformación que ha logrado de la misma, para ponerla a su servicio, primero para obtener lo indispensable para vivir, y luego, poco a poco, en el transcurso de los siglos, lo que ha hecho con la naturaleza para elevar su espíritu: arte, ciencia, filosofía, todo ese conjunto de manifestaciones que sólo puede salir de la actividad del hombre. No está de más recordar aquí la definición que de cultura hace el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy: "Entiendo la palabra *cultura*, en el sentido neutral de la antropología, como el nombre de un sistema de valores, símbolos y actitudes con que un grupo humano responde a las sollicitaciones y conflictos que provienen del mundo y la existencia."¹

El concepto *dependencia* está cargado, por su parte, de implicaciones ontológicas, Pero no es éste el lugar para ocuparse de ellas. Baste en este caso mencionar que todos los hombres dependemos de los demás en una forma u otra. La relación de dependencia podrá ser menor o mayor y tiene la fugacidad de lo histórico, pero hay asociaciones de tiempo y de espacio en que es mayormente perceptible, capaz de ser estudiada, sobre todo si se examinan relaciones entre pueblos, o conjuntos de éstos, en periodos si no exacta, sí cuando menos relativamente manejables.

Es así, también, como podemos intentar referirnos a la cultura egipcia, a la europea y a la latinoamericana, concepto este último que habrá que estudiar por ser el tercer elemento de este pequeño ensayo. Otra vez asalta la tentación de recordar al mismo Salazar Bondy, quien refiriéndose exclusivamente al Perú, enumera características culturales que si no absolutamente, quizá sí en lo general pudieran aplicarse a toda Latinoamérica:

la cultura del conjunto de la población que habita dentro de las fronteras del Perú es plural, híbrida, carente de integración, dominada por mitos enmascaradores, prevalecen en ella la mistificación de los valores, la inautenticidad de las actitudes, la superficialidad de las ideas y la improvisación de los propósitos. Es una cultura, además, sin fuerza creadora y predominantemente imitativa.²

Porque si bien es cierto que podemos recurrir a los tradicionales elementos de unidad, como religión e idioma (y aquí se da por salvada la no esencial diferencia entre Brasil y los

demás países latinoamericanos) y reducir la América Latina a la que “tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”, hay que reconocer que aunque hay una comunidad de origen y —habrá que intentar— de destino, los matices existen, como fue reconocido y manifestado en la Conferencia sobre Educación reunida en Santiago de Chile, que aclaró:

Aunque las naciones se asocien para perfeccionar su desarrollo económico y sean capaces de ponerse de acuerdo sobre ciertos propósitos educativos, fue subrayado el hecho de que importa sobremanera que cada país mantenga la originalidad de su estilo y la libertad creadora de su cultura.³

Pero, salvados los matices, habrá que insistir en los vínculos de unidad ya indicados. Así, el venezolano Mariano Picón Salas ha señalado, con otros muchos, la fuerza cultural del idioma: “Es la lengua española el instrumento de identificación mayor y más válido entre los pueblos que viven desde las estepas del río Bravo hasta la helada pampa patagónica.”⁴ El mismo ha insistido en la manera en que nos hemos adentrado en la civilización de Occidente, con todas nuestras deficiencias y de acuerdo con nuestra particular forma de ser:

Es a través de formas españolas como nosotros hemos penetrado en la civilización occidental y aun el justo reclamo de reformas sociales, de un mejor nivel de vida que surge de las masas mestizas de Hispano-América, tiene que formularse en español para que alcance toda su validez y eficacia.⁵

Aparte del idioma, una forma cultural común registrada por la historia nos sitúa ante dos perspectivas: una hacia el ayer, del que, salvando lo mejor, hemos de tomar enseñanza y fortaleza; otra hacia el futuro, quizá olvidado —valga la paradoja—, que nos llama a realizar un gran destino:

Esta Historia común que nos envuelve no es para nosotros sólo pasado y lejanía, sino también futuro que debe delinearse, responsabilidad que compete a intelectuales, educadores y políticos. Es la angustia y la utopía —y a veces la frustración— de un destino histórico indiviso. Ser dependientes o independientes; fortalecerse y unirse o disgregarse más, es todavía el dilema que nos presenta —como en el tiempo de Bolívar— esta inmensa porción de Continente donde más de cien millones de hombres hablan Español.⁶

En esta dependencia del pasado, no es posible olvidar el antecedente indígena. Picón Salas recuerda que la raíz de nuestra cultura se afina “en la Edad Media española y... en los extraños mundos —convulsionados pero no destruidos del todo— del simbolismo indígena”.⁷

Ahora bien, Latinoamérica, hay que insistir en ello, lo es desde el momento en que adquiere su libertad. Los siglos que duró la ocupación ibérica, si bien fueron gestando lo que habríamos de ser, nos hacían mientras tanto, una mera prolongación cultural de la península. Al conquistar la independencia, con ella adquirimos nuestro verdadero ser, heredando valores culturales que a nuestro modo deberíamos arriesgar, defender, manejar: “Desde el punto de vista político, las naciones hispanoamericanas sólo empezaron a nacer hace 140 años. Antes de 1810, nuestra cultura fue sobre todo una expresión ultramarina del Imperio español.”⁸

Una vez adquirida la libertad frente a Europa, un nuevo peligro se hizo presente, peligro no advertido por quienes, de buena fe, se dieron a admirar en forma desmedida a los Estados Unidos de Norteamérica, cuyo poderío en esos momentos no imaginaban. Muchísimos casos hubo similares a aquel en que “en el distante Chile, un tan ardiente reformador como don Manuel de Salas aprende el inglés para leer los libros y máximas de Benjamín Franklin”.⁹

Simultáneamente a dicha admiración, se presenta en Latinoamérica un curioso fenómeno: la desintegración. Olvidando que los Estados Unidos, a quienes se tomaba por modelo, unían sus elementos disímiles para fortalecerse, paradójicamente, los latinoamericanos se dedicaron a fomentar la división, contra la unión que había existido en gran medida bajo la férula colonial:

Porque después de la Independencia y del enclaustramiento nacional de las antiguas colonias, se fortificó un nacionalismo precoz, y cada país pensaba que era muy diferente del país vecino, se fue olvidando lo que tenía más importancia para la política ulterior de nuestro mundo indo-español: su unidad espiritual originaria; aquella unidad que contra los intereses y caudillos regionales trató de convertir en fuerza vigilante un *hombre de tanto genio y tanta intuición porvenirista como Simón Bolívar*.¹⁰

En lo nocivo de esta dispersión espiritual, causa en buena parte de que hayamos caído en un neocolonialismo frente al Norte, ha insistido públicamente en los últimos días Leopoldo Zea, preguntándose: “¿no es un absurdo que América Latina haya estado junta durante la Colonia y ahora que presuntamente es libre no lo esté?”

Por su parte, los Estados Unidos se dieron al expansionismo, que adoptó al principio apariencias inocuas, como las de actividades misionales, pero que territorialmente vino a terminar con la absorción de buena parte del territorio mexicano y con el control del Canal de Panamá, y política y económicamente, con una influencia decisiva que se prolonga hasta nuestros días:

Un investigador norteamericano, Harry Bernstein, ha documentado en su libro *Origins of Inter American Interest, 1700-1812*, la pequeña historia de esa ansiosa curiosidad que surge de una a otra zona de América desde el momento en que se consolida la joven democracia yanqui. Curiosidad misionera, porque se supone en algunos círculos de los EE.UU. . . que uno de los destinos de la nueva república es liberar del *papismo y de las supersticiones meridionales* a aquellas comarcas de México al sur, y curiosidad comercial ya que el espíritu misionero podría sazonarse de buenos proventos (*sic*) económicos.¹²

Como lo demuestra Bernstein, a fines del siglo XVIII ya los barcos balleneros de Nueva Inglaterra atravesaban el Cabo de Hornos y aparecían subrepticamente a ejercer el contrabando y difundir, además, una primera propaganda protestante en algunos puertos de la América Española.¹³

Poco a poco y en muchos casos imperceptiblemente, se fueron creando y perfeccionando los mecanismos mediante los cuales la influencia de los Estados Unidos en Latinoamérica fue haciéndose en muchos aspectos definitiva, hasta llegar a hacernos lo que se ha llamado “dependientes”, principalmente en el aspecto económico, con las naturales repercusiones en los otros órdenes, político, cultural, etcétera.

Este tema de la dependencia económica ha sido tratado en diferentes ocasiones. María del Rosario Green, que se ha ocupado del asunto, habla de los “mecanismos por medio de los cuales tanto la inversión externa directa como el financiamiento público externo han tendido a desplazar el centro de las decisiones de política económica del interior al exterior, que es lo que brevemente se entiende por dependencia. . .”¹⁴ La misma investigadora cree necesario “advertir que al hablar de América Latina en general, se ha corrido el riesgo de la imprecisión, pues es evidente que no todos los países presentan exactamente el mismo grado de estancamiento o dependencia, que no existe una correlación en ningún sentido entre estos dos fenómenos y que aunque la región como un todo presenta un caso de coexistencia de ambos aspectos, ésta es circunstancial y de ninguna manera inevitable”.¹⁵

Entre los distintos factores de dependencia la misma autora señala también nuestra falta de capacidad tecnológica, que se debe al bajo nivel medio de la educación que a su vez impide la creación de nuevas ideas en el campo de la tecnología, la impotencia para formar capitales y para poner en movimiento nuestros recursos naturales.¹⁶

Sobre esto Fals Borda, el sociólogo colombiano compañero de Camilo Torres en los estudios, ha señalado

todo lo que de comprometedor para la independencia de los pueblos, y todo lo que de rémora para el adelanto científico se implica en la importación de ciencia y técnica que *sobre llegar a los países importadores deteriorada y con escaso rango, trae declaradamente la intención de someter, deformar la cultura y, en suma, aumentar la dependencia*.¹⁷

Alrededor de este mismo punto, el periódico *El Día*, de la ciudad de México, comentó recientemente, en relación con las declaraciones hechas por un investigador extranjero:

Sin dejar a un lado, ni menospreciar, las aportaciones científicas y de alto nivel intelectual que nos han legado algunos estudiosos extranjeros, profundos conocedores de nuestra problemática —y con aportaciones que se reconocen y solicitan— debe señalarse que con frecuencia llegan a nuestro país numerosos investigadores que con funciones específicas o sin ellas, por indiferencia humana o por encargo de las grandes fundaciones capitalistas transformadas en adalides del bienestar social, en organizaciones progresistas y hasta ultrarrevolucionarias, tratan de enseñarnos la historia nacional, vienen a descubrirnos lo que somos, o alfabetizarnos, a anunciarnos la buena nueva del progreso.¹⁸

Las circunstancias son tales, continuaba diciendo el editorial, que en ocasiones, los hombres más brillantes de nuestro mundo técnico y científico, laboran como peones suyos, ante la prodigalidad de las interesadas remuneraciones. Asimismo, ante la imposibilidad frecuente de conquistar los reductos nacionalistas que son algunas universidades, usan los *centros para becarios*, mediante los cuales los grandes empresarios se consuelan de no tener las riendas de las industrias nacionales. Se influye así en la cultura y en el trabajo de los investigadores, en ocasiones hasta en las iglesias y se desvirtúan los proyectos organizadores de intereses auténticamente nacionales.¹⁹

Volviendo a Fals Borda, ha señalado también cómo la llamada “fuga de cerebros” no tiene necesariamente que ser física, es decir, con la salida del científico o técnico al extranjero, sino que se da también en la adopción de modelos de trabajo enajenantes, tomados del exterior, muchas veces proyectados para su servicio y en desacuerdo con la realidad o las posibilidades del país en que el hombre de ciencia o de técnica reside.²⁰

Por lo que al arte toca, no sería arriesgado decir que muchos latinoamericanos pueden caer —si no han caído ya— en la tentación de la creación de un pseudo-arte de exportación para satisfacer el *snobismo* de los poseedores de la riqueza. Condicionar la producción de la obra artística a su aceptación en el mercado exterior, es también una forma de la dependencia cultural.

Abundando en el tema, el mismo Fals Borda habla de una ofensiva en el campo de la cultura latinoamericana que ya está en camino. Dicha ofensiva tiene por objeto —y según él lo está consiguiendo— el debilitamiento de todo lo que sea autónomo en el intelecto y en la ciencia de Latinoamérica, “lo único que le queda a ésta como identificación de su personalidad y de su historia”. A lo largo de su exposición afirma que dicha infiltración en la cultura indica serios peligros, entre otros el de “reducirnos a robots” al servicio de modelos que no nos son propios pero que nos agotan porque consumen “como sanguijuela” nuestros recursos por mucho que éstos sean abundantes, y se pregunta si estaremos condenados a ser siempre “carne de cañón”, meros objetos manejables por una política a cuya fabricación no hemos contribuido y hasta semejantes a simples curiosidades de tipo antropológico destinadas al adorno de sus institutos y museos.²¹

El estudio de Fals Borda es como una respuesta al Informe de Rockefeller, que habla de una “hermandad” de los Estados Unidos hacia Latinoamérica, hermandad que, de no ser aceptada en los términos fijados por el *hermano mayor*, será sustituida por otro tipo de presión. El colombiano lamenta que la OEA sea usada para beneficio unilateral de los Estados Unidos hasta en el campo cultural:

En efecto, en el campo cultural se creó el Consejo Interamericano Cultural, que acaba de reforzarse en 1969 en Trinidad, para convertirlo en un nuevo Consejo de la OEA para la Educación, la Ciencia y la Cultura. ¿Qué objeto tiene? Ningún otro que controlar el proceso de homogeneización hemisférica y fomentar los mercados internos para los productos norteamericanos. Comienza creando en Bogotá otro centro interamericano: el de periodismo científico y educativo, con el cual penetrar más en las masas y condicionar sus creencias, gustos y referencias (*sic* preferencias?). La amenaza es, pues, real e inmediata.²²

Como “confesión de parte”, puede citarse aquí a un profesor estadounidense, René de Visme Williamson, quien, manifestando su simpatía por Latinoamérica, no puede menos

que confesar sin embargo, su inconsciente adhesión a la política de homogeneización del hemisferio, al recomendar a sus conciudadanos que, si quieren que actuemos *como ellos lo desean*, deben tener consideraciones de tipo cultural con nosotros:

It should be especially easy for a pragmatically minded nation like our own to appreciate the truth that if we wish the Spanish Americans to follow certain policies and to adopt certain attitudes, we shall have to do whatever it takes to induce Spanish Americans to act as we want them to act and to lay our plans in conformity with the requirements of Spanish American psychology.²³

Esto equivaldría, si es manejado en el peor de los sentidos y no en el menos malo, como parece querer el autor citado, a la política de “palmada en el hombro” a que se refiere Gorz al hablar de las relaciones obrero patronales en las que, conservando la estructura esencial de desigualdad, se pretende guardar las apariencias mediante el uso de una insincera cortesía:

Es verdad que, cuando los cuadros técnicos valoran su superioridad y sus poderes funcionales comportándose con altivez, brutalidad y arbitrariedad, añaden a la enajenación obrera una dimensión suplementaria que no estaba contenida en la relación inerte de las funciones respectivas. Es esta enajenación suplementaria la que puede eliminarse si los cuadros cumplen sus funciones con gentileza y buen humor. Sin embargo, su gentileza estudiada no puede poner fin a la enajenación del trabajo industrial en todos sus niveles, así como no puede terminar tampoco, digamos, por el linchamiento de los cuadros técnicos y los directores. Es indudablemente más agradable tener que tratar con superiores que son ‘buena gente’; pero la política de las palmaditas en el hombro y la camaradería no modifica en nada la rígida jerarquización de las tareas, el antagonismo de los intereses respectivos. . .²⁴

Dicho sea de paso, esto trae a la memoria el artículo que Luis Cabrera escribió con motivo de la devolución que hicieron los Estados Unidos a México, de las banderas arrebatadas en la lucha de 1847, lo que le pareció más o menos como si a alguien a quien hubiesen asaltado, le devolviesen *cortésmente* la cartera vacía.

El mismo profesor que se cita señala que hay que darse cuenta de la importancia de las relaciones culturales en la política:

It is high time that we should appreciate the potentialities of the cultural in politics. We must rid ourselves of the crude notion that friendship with foreign peoples, especially with Spanish Americans, can be bought or won solely in terms of economic selfinterest and military security.²⁵

Y lamenta que Francia, cuya importancia económica en Latinoamérica es nula, sea vista sin embargo por nuestros intelectuales como modelo:

The importance of appraising cultural facts at their true worth and therefore perceiving their political significance is illustrated by the place of France in Spanish America. Here again we are dealing with a country whose economic importance to Spanish America is negligible, but whose cultural prestige is immense.²⁶ Writers, painters, musicians, journalists, and other members of the Spanish America élite have looked to Paris, not New York, for cultural leadership.²⁷

La solidaridad del continente, con el liderazgo implícito de los Estados Unidos, es buscada en las relaciones culturales. El siguiente párrafo es suficientemente explícito en este sentido: “to understand the Spanish America and to help him to understand us is much more important in the attempt to gain continental solidarity than bribes of ships, money or movie stars.”²⁸

Quizá sea éste el momento de señalar que no se predica aquí un antagonismo gratuito contra la cultura de los Estados Unidos, ni se niegan sus valores individuales o colectivos, sino que, lo que se lamenta o se critica, es el afán de expansionismo y dominación. Picón Salas, que ha meditado sobre esto se duele, por ejemplo, de que “Los grandes pensadores

de los Estados Unidos pueden no estar traducidos al español o al francés, pero que se vierten hasta en rumano los artículos más bobos del *Reader's Digest*.”²⁹

No obstante todo lo anterior, sería simplismo puro caer en la afirmación de que sólo la dependencia del exterior, en nuestro caso de los Estados Unidos —centro económico del continente— es la causante de nuestros males incluyendo los culturales. Estos dependen también de factores internos:

La razón de la dependencia económica de América Latina no puede encontrarse exclusivamente en factores de orden histórico, como la tradición colonial de la región, o de orden externo, como la necesidad de los países avanzados de exportar capitales para evitar el receso de sus economías. Es necesario también llamar a cuentas a los fenómenos de orden interno, porque éstos juegan una parte esencial en la perpetuación de la dependencia y son los que habrán de cambiarse en primer término si lo que se busca es la transformación de la relación de dependencia y no la mera aplicación de paliativos a sus manifestaciones más inminentes.³⁰

Salazar Bondy participa de este criterio al asociar la idea de dependencia no sólo con la de subordinación, sino con la de las relaciones internas existentes en una sociedad que no sólo hacen posible aquélla, sino que favorecen su permanencia: “entiendo dependencia en el sentido tanto de un lazo de subordinación cuanto de un sistema social y económico mediante el cual se establece y perenniza tal lazo”.³¹

Y hay que recordar que dicho lazo es en ocasiones fortalecido mediante la ayuda exterior interesada en evitar los cambios sociales, que consiste en

asistencia. . . para lograr aumentar su capacidad de represión en la misma proporción en que se agrava la presión reivindicatoria de las masas. (Un ejemplo puede encontrarse en el financiamiento norteamericano a los programas latinoamericanos de contrainsurgencia y entrenamiento policiaco.)³²

Hechas las consideraciones anteriores sobre la dependencia, habrá que detenerse un poco en uno de los elementos básicos de la cultura; la educación, cuyo estado tiene íntima relación con ella, ya que mediante su ejercicio es posible la conservación de las herencias culturales, su acrecentamiento y su trasmisión.

En 1962, en América Latina, únicamente el 68 % de los niños en edad escolar tenían acceso a la educación primaria; sólo el 17 % de los inscritos la terminaban, y el nivel educacional promedio de los adultos era de 2.2 años de escolaridad. 40 de dichos adultos eran analfabetos.

Considerando a los individuos de 15 a 19 años como de edad propia para los estudios de secundaria, sólo el 17 % alcanzaban matrícula, terminando dicho ciclo solamente el 22 % de los inscritos.

A la educación superior (20 a 24 años), únicamente tenían acceso el 4%.³³

Los asistentes a la Conferencia sobre Educación en Latinoamérica, de la que se toman los datos anteriores, señalaron como dificultades para un acceso total a la educación, varias de distinta naturaleza. En lo económico, el desarrollo deficiente, presupuestos nacionales que no alcanzan a llenar las necesidades y el precario estado de muchas familias.

En lo social, la reducida importancia que se concede a la educación en algunos sectores, posiciones y prejuicios de carácter negativo ante algunos tipos de enseñanza, como la técnica a niveles medios, la población inestable y la carencia de servicios a los escolares.

Entre las fallas administrativas se mencionaron las siguientes: distinta duración de la educación primaria en el campo y en las ciudades y las pocas oportunidades existentes en la enseñanza de segundo grado por lo que toca a modalidades de tipo profesional.

Por lo que se refiere a la pedagogía propiamente dicha, se mencionó el bajo rendimiento de algunas escuelas, la no flexibilidad de las normas de promoción, causa de la existencia de muchos alumnos repetidores de cursos, que acaban por abandonar la educación.

La crítica que se hizo a los sistemas educativos considerando grados y aspectos de la enseñanza, fue en el sentido de que carecen de estructura orgánica apropiada. Hay superposición en los distintos niveles y las relaciones, cuando las hay, son de tipo superficial u



ocasional. Esto causa serias dificultades cuando se desea cambiar de tipo de enseñanza, repeticiones, falta de adaptación, fracasos, abandono de la educación y otras.

A todo esto hay que agregar la carencia de organismos especialistas encargados de una permanente revisión de programas. Cuando hay comisiones para hacerlo, están por lo general desconectadas de los ambientes profesionales y sociales con los que debieran tener relación.

Hablando de metodología en la enseñanza universitaria se lamentó la ausencia de conexiones entre la problemática característica de cada país y las posibilidades ofrecidas por los centros de educación respectivos. Y por lo que toca a la actividad científica correspondiente, se indicó que el número de alumnos inscritos en las carreras de tipo tradicional supera en mucho al de los inscritos en las de carácter científico.

La educación de tipo verbalista parece ser la predominante y es de hacerse notar la ausencia de auxiliares audiovisuales suficientes.

En fin, tocante a la preparación profesional de los maestros de primaria, se advirtió que el 44 % no poseían título; sólo un 30 % más o menos de los de segunda enseñanza cursó los estudios necesarios y, los maestros universitarios, si bien son especialistas, no se dedican completamente al magisterio en su mayoría.³⁴

Ahondando en la problemática de la educación, en los párrafos anteriores se ha hecho referencia a quienes en alguna forma siquiera superficial la reciben. Hay muchos que ni siquiera tienen acceso al alfabeto porque se los impide la barrera idiomática: "Varias delegaciones manifestaron que en sus países el problema de la alfabetización se complicaba aún más por la necesidad de incorporar a la vida cultural de la nación grandes masas indígenas que no hablan el castellano."³⁵

Expuesto el panorama de la dependencia de Latinoamérica de los Estados Unidos, económica y por ende, cuando menos parcialmente en lo cultural, con repercusiones que impiden mejorar eficazmente situaciones como las descritas en los párrafos precedentes sobre la educación, será interesante ver qué posibilidades hay de romper si no totalmente, cuando menos hasta donde sea posible, los lazos que nos hacen dependientes.

María del Rosario Green sugiere, entre otras cosas, una represión al consumo de artículos suntuarios de parte de las clases privilegiadas, consumo que provoca la inversión de una buena porción de los recursos internos en la producción o importación de dichos objetos, en vez de usarse en producir satisfactores básicos cuya carencia aflige a gran parte de la población debido a la desigualdad del ingreso.³⁶

Y ya que se habla de artículos suntuarios, puede también hablarse de una cultura suntuaria, en especial de una ciencia de ese tipo. Fals Borda, al invitar a los científicos latinoamericanos a desechar modelos extraños, advierte las condiciones de sacrificio a que han de estar sujetos mientras su esfuerzo rinde frutos:

Evidentemente, los años que siguen no serán fáciles para aquellos que escojan la vía de esta ciencia rebelde y subversiva: no habrá para ellos fondos ni fundaciones corrientes, ni cargos seguros, ni títulos pomposos, ni premios, ni prebendas. Habrán de ser así doblemente ingeniosos, porque tendrán que crear no sólo una ciencia insurgente sino una ciencia humilde, para pobres, una ciencia sencilla, sin diseños estrambóticos ni complicaciones innecesarias, pero útil para los fines que se persiguen.³⁷

A los que temen abandonar los modelos importados, la ciencia extranjerizante y las fuentes económicas del exterior para fomento de nuestra vida académica, replica:

Tener estas actitudes de rebeldía intelectual puede parecer peligroso a algunos, como un salto al vacío que llevara a la pérdida de lo que ya tenemos en el campo de la cultura, la ciencia y el arte, porque pertenecemos todos a la corriente de la civilización occidental. Esta crítica no se justifica a menos que se piense según los marcos de referencia y los criterios de importancia que nos tientan desde afuera. Si se recuerdan las becas, prebendas y cargos que dependen de ese contacto con las instituciones dominantes extranjeras (y con algunas nacionales); si se aceptan porque sí los modelos

y conceptos que hemos aprendido en libros y sistemas importados, podríamos tener la sensación de que saltamos al vacío. Pero la experiencia puede ser sorprendente: el tal vacío no existe sino en cuanto a la parquedad intelectual. Hay vacío donde no se

trabaja, donde no se piensa, donde no se investiga y se pregunta y se critica. El rigor de la ciencia es disciplina personal y ésta no se aprende ni se guarda necesariamente en medios artificiales extraños: se lleva consigo, se madura y fortalece en el contacto con la realidad ambiente.³⁸

Al mismo tiempo apela, para proponerlos como ejemplo, a los latinoamericanos que han seguido la vía de la autonomía dejándonos su magisterio. Lo latinoamericano, dice, mientras más lo es, es mayormente apreciado en el ámbito universal. Más que la imitación, se respeta la aportación original. Menciona a Caldas, a Finlay, a Lleras Acosta, a Houssay, a Fernando Ortiz, a Gabriela Mistral, a Neruda, a García Márquez, como pudiera citar a otros muchos, que sin olvidar su categoría latinoamericana han actuado en el campo del intelecto ganando el respeto del mundo entero. Son los que han osado levantarse contra el servilismo que tienta a muchos miembros de nuestro mundo cultural y artístico.³⁹

Por fortuna, afirma también, hasta ahora, las estadísticas indican que la distribución de la inteligencia seguirá favoreciendo a Latinoamérica. En todos los aspectos, nuestros pueblos continuarán creciendo. Lo único que hace falta es el trabajo decisivo, duro, continuado. A los hombres de ciencia y de intelecto corresponde encabezar, ejemplificar con la dedicación y el ingenio, con la flexibilidad para la creación, con la filosofía del servir, con intenciones plenas de seriedad.⁴⁰

Para que la acción sea efectiva, si se toma en consideración la inserción de la dependencia de cada país en los lazos mundiales del poderío económico y político, tendrá que efectuarse a nivel supranacional. Es lo que afirma Salazar Bondy refiriéndose al Perú, consideración que puede ampliarse al ámbito latinoamericano. Por eso mismo

la importancia de la toma de conciencia de las naciones subdesarrolladas o del Tercer Mundo, como partícipes de la misma situación. . . y por tanto necesitadas de la misma solución, y de la toma de conciencia. . . de la comunidad de problemas y vías de solución con los demás países subdesarrollados y en especial los latinoamericanos. Esto quiere decir que el problema nacional de la cultura requiere, para su justo planteo y solución, un horizonte internacional sin el cual la visión será estrecha y falsa y las soluciones inoperantes.⁴¹

Una de las mejores maneras de lograr esta cohesión en la defensa de los valores culturales latinoamericanos, es la del intercambio que pueden y deben realizar principalmente las universidades, muchas de las cuales, aunque carentes de medios económicos suficientes, son los mejores representantes de las actividades espirituales de cada país. Una permanente comunicación entre ellas y la reunión periódica de los que mejor lleven su voz, se hacen necesarias para dar fuerza y permanencia a la unión de nuestro pensamiento, salvando las naturales diferencias nacionales. El intercambio de obras literarias, científicas, artísticas y filosóficas, así como de publicaciones periódicas y también de conferenciantes e investigadores, puede ayudar muchísimo en esta tarea en defensa de la América Latina.

En relación con estos temas y en vísperas de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, Leopoldo Zea, el filósofo mexicano, en declaraciones a la prensa, mostró su desaprobación a las universidades que, olvidando su propia función de educar, han sucumbido en sus objetivos humanistas en beneficio de la sociedad contemporánea

que necesita técnicos capaces de manipular los poderosos instrumentos con los que cuenta para acrecentar su poderío, para extender su dominio sobre la naturaleza, considerando a los mismos hombres como parte de esta naturaleza dominable.⁴²

Se ha visto al principio de estas páginas cómo por cultura se entiende el dominio de la naturaleza; en consecuencia, el hombre no ha de ser incluido dentro de ella para manejarlo como cosa, como instrumento de servicio. Antes al contrario, una sociedad será más culta, cuanto más haga a todos sus integrantes partícipes de los beneficios que se siguen del dominio del mundo y también, cuanto más los satisfactores que se obtengan de su acción sobre él, no lo sean de meras necesidades físicas, sino espirituales.

En la búsqueda de estos objetivos, en América Latina, se corre el peligro, hay que

decirlo, de caer en la adquisición de modelos que, si bien distintos de aquellos a que se ha hecho referencia en estas líneas, pueden resultar a la postre motivo también de dependencia para nosotros. La historia deja enseñanzas: no hay que caer en el mismo error cometido una vez, cuando, en busca de la libertad política frente a Europa, caímos en una influencia de que ahora tratamos de desembarazarnos. Debemos hacer los cambios sociales a nuestra manera, y corresponde a nuestros hombres de pensamiento señalar los caminos específicos, las soluciones menos peligrosas, más afortunadas, de acuerdo con nuestra particular manera de ser, sin entreguismos utópicos. Quizá estemos llamados a demostrar que hay un camino distinto al de los dos que por ahora parecen señalarse como únicos al mundo. Y no lo decimos nosotros, lo apunta un intelectual de una de las potencias en conflicto:

A Hispanic Commonwealth of nations might not be the much-talked-of Third Force, but it could at least be a third Great Power, an instigator for the United States of Europe, and the mediator between the USA and the USSR.⁴³

En su *Breve historia de México*, José Vasconcelos, aunque hablando de la nación mexicana, hace una defensa de nuestra raza frente al expansionismo estadounidense; para escándalo de fariseos llega a pedir una lágrima por Maximiliano, que vino a defender “la cultura latina amenazada”. Pero en el mismo libro dice también: “no es odio al yanqui lo que predico”. Se trata de una separación de campos, de un respeto a la manera de ser y de las condiciones que hacen posible la realidad de ese ser. Mariano Picón Salas espera de los hombres de allende el Bravo que “comprendan. . . nuestro punto de vista, nuestro culto quizás exacerbado de lo personal, nuestro respeto por aquellas zonas misteriosas del alma, rebeldes ya a toda medición, a toda racionalización científica”.⁴⁴

Rubén Darío escribió ya hace tiempo: “Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable): de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.”⁴⁵

No hay que ser pesimistas; él mismo, en otra parte de su obra exclamó: “abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos”.⁴⁶ Pero si nos ponemos en la peor de las posibilidades, la de una absorción física por poderes extraños, creemos, con Picón Salas, que la cultura latinoamericana subsistirá:

Aún en el más trágico de los casos, si aquellos síntomas de imperialismo agresivo que ya Marte describía en las vísperas de la primera conferencia latino-americana se tornase más absorbente, la cultura americana del futuro tampoco borraría aquello que es íntimo, entrañable y diferenciado en la manera como concibe y expresa el mundo la porción latina del Continente, o sea la más débil. La empresa imperialista y romana nunca llegó a extinguir los focos de la cultura helénica y oriental que se encendían en las fronteras de su Imperio, y los generales y pretorianos empezaron a tornar a la orgullosa Roma con las insignias y los lábaros de las regiones desconocidas. Hubo que abrir el Panteón a los nuevos dioses venidos de Grecia, de Siria, del Egipto. Hasta nuevos emperadores de razas y culturas distintas ni siquiera conocían el latín. ¿No es esto la respuesta, la conciencia de Hispano-América a aquel asustado verso de Rubén Darío: ‘¿Tantos miles (*sic*) de hombres hablaremos inglés?’⁴⁶

Como un ensayo de innovación, en las referencias bibliográficas los libros o artículos se citan sólo una vez. Si vuelve a recurrirse a ellos, junto al número de la nota consecutiva correspondiente se indica el que se refiere a aquélla en que se citaron, seguido de las páginas respectivas.

¹ Augusto Salazar Bondy, *La cultura de la dependencia*, Serie Mesas Redondas y Conferencias. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1966. (Mimeografiado), p. 2.

²(1), 15.

³Luis Weckman Muñoz, “La conferencia sobre educación en Latinoamérica” (1), en *Foro Internacional*, vol. III, núm. 1 y 9, Jul-Sept. 1962, El Colegio de México, p. 97.

⁴Mariano Picón Salas, *De la conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, número 4, 1944, p. 14.

⁵(4), p. 39.

⁶Mariano Picón Salas, *Dependencia e independencia en la historia hispano-americana*, Caracas, Cruz del Sur, 1952, pp. V y VI.

⁷(6), p. 92.

⁸(6), p. 100.

⁹(6), p. 5.

¹⁰(4), p. 13.

¹¹Leopoldo Zea, "Preparativos de la Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural", en *Excelsior*, México, 26 de enero de 1972, p. 6D.

¹²(6), p. 2.

¹³(6), p. 2-3.

¹⁴María del Rosario Green, "Inversión extranjera, ayuda y dependencia en América Latina", en *Foro Internacional*, vol. XII, núm. 1, julio-septiembre 1971, El Colegio de México, p. 2.

¹⁵(14), p. 1.

¹⁶(14), p. 9, *Cfr.*

¹⁷Orlando Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Editorial Nuestro Tiempo, Colección 'La cultura al pueblo', 1970, p. 7 (Presentación de los editores).

¹⁸Editorial de *El Día*, México, 21 de enero de 1972, p. 5.

¹⁹(18), *Cfr.*

²⁰(17), *Cfr.*

²¹(17), p. 135-6, *Cfr.*

²²(17), p. 16.

²³René de Visme Williamson, *Culture and Policy: the United States and the Hispanic World*, Knoxville, The University of Tennessee Press, 1949, p. 52.

²⁴André Gorz, *Historia y enajenación*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, Serie 'Tiempo Presente', 1964, p. 81.

²⁵(23), p. 46.

²⁶(23), p. 48.

²⁷(23), p. 49.

²⁸(23), X Foreword de James O. Swain.

²⁹(6), p. 93.

³⁰(14), p. 2.

³¹(1), p. 12.

³²(14).

³³(3), p. 99.

³⁴(3), p. 100-101.

³⁵(3), p. 98.

³⁶(14), p. 12, *Cfr.*

³⁷(17), p. 19.

³⁸(17), p. 136, 7.

³⁹(17), p. 136, *Cfr.*

⁴⁰(17), p. 137, *Cfr.*

⁴¹(1), p. 14-15.

⁴²(11).

⁴³(23), p. 66.

⁴⁴(6), p. 126.

⁴⁵Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, número 118, 1946, p. 21.

^{46b}(6), p. 95-96, (en realidad, Darío dice "millones de hombres" y no "miles". Ver (45), p. 73.

